

### EN TORNO AL CELIBATO DE CRISTO

1. No hace mucho el Padre Voillaume decía en un retiro: “Creo que no se vive profundamente una realidad sino cuando ya no se discute sobre ella. Las realidades de las cuales se vive son aquellas que son evidencias”<sup>1</sup>. Esta juiciosa reflexión creo no condena en modo alguno la elección del tema para el presente Congreso: el celibato monástico. Pues, una reflexión teológica, espiritual y pastoral sobre este asunto no significa necesariamente tener que interrogarse ansiosamente para ver si el celibato monástico conservaría todavía, a pesar de todo, una justificación, por lo menos parcial; tampoco, y menos aún, estar dirigida a echar por tierra esta opción de vida pacíficamente vivida por tantos monjes y monjas de ayer y de hoy. Una reflexión así puede tender a percibir mejor el sentido y la justificación de nuestro celibato, descubrir mejor su riqueza y sus bellezas, a fin de renovar el dinamismo de nuestros compromisos personales, y a fin también de estar eventualmente en mejores condiciones para ayudar a quienes están en dificultades dentro de este ámbito. Este aspecto pastoral está indudablemente muy presente en las preocupaciones de ustedes los abades y superiores que tienen almas a su cargo y a quienes san Benito les recuerda (RB 27) que deben velar sobre las almas enfermizas y débiles más que dominar sobre un rebaño robusto.

El Concilio Vaticano II ha expresado que los religiosos deben conformarse más estrechamente a la condición de castidad y pobreza que el Señor eligió para sí mismo, y que la Virgen, su madre, abrazó (*Lumen Gentium* 46). Y el *aggiornamento* pedido por el Concilio a todos los religiosos debe tomar por regla suprema de su renovación adaptada, la “*Christi sequela in Evangelio proposita*” (*Perfectae Caritatis*, 2). Se ha llegado así con toda naturalidad a desear tener una exposición sobre el celibato de Cristo.

2. El celibato de Cristo es un tema difícil y ha sido poco estudiado. El P. Tillard, a quien reemplazo yo hoy aquí –lamentablemente para ustedes–, me escribía el 4 de julio último: “No hay bibliografía, pues el asunto es nuevo. Me interesaba porque veía allí la ocasión de cambiar un título ridículo”. No hay bibliografía: es verdad en cuanto al asunto estrictamente tal. No quita esto que para tratarlo basta estar suficientemente al corriente de las principales publicaciones de la literatura –inmensa por cierto– concerniente a la virginidad, al matrimonio, a la sexualidad, al celibato de los sacerdotes, etc. Los tres meses que he tenido para preparar esta exposición no me han permitido dominar verdaderamente la materia. Me fue tanto más difícil llenar las lagunas de mi información cuanto que el incendio de la biblioteca de mi monasterio, a fines de marzo último redujo considerablemente las posibilidades de consulta y verificación. Sobre todo me ha faltado el tiempo de maduración necesario para centrar mejor el asunto, para equilibrar mejor la exposición, completándola, o reduciéndola o matizándola. No teniendo el vigor teológico del Padre Tillard, ni su familiaridad con las cuestiones relativas a la vida religiosa, corro fuertemente el riesgo de servirles un vino mediocre en vez del vino generoso que él les hubiera ofrecido. Tengo clara conciencia de mi insuficiencia.

Me propongo tratar la materia en cuatro partes. En la primera una visión somera del Antiguo Testamento nos permitirá situar mejor la vida y la enseñanza de Cristo, de lo cual se tratará en la segunda parte. Algunos textos tomados de san Pablo y de la tradición patristica formarán la tercera parte y, finalmente, en la última, presentaré algunas reflexiones actuales.

3. Pero antes de abordar todo esto, se imponen algunos preliminares respecto al vocabulario. Ya han

---

<sup>1</sup> R. VOILLAUME, *Laissez là vos filets. Nouvelle retraite à Beni – Abbés*, Paris, 1976, p. 98.

oído que el P. Tillard encontraba ridículo el título “celibato de Cristo”. Ignoro cómo lo habría cambiado eventualmente. Lo que es evidente es que nos sentiríamos molestos en afirmar que en nuestra vida queremos seguir a Cristo célibe. Pero el asunto del vocabulario no es fácil. Respecto a Cristo, y a nosotros mismos, ¿se puede hablar de celibato? ¿de continencia? ¿de virginidad? ¿de castidad? Según la acepción corriente de todos esos términos, el aspecto negativo es lo que primero aparece. Veamos por ejemplo lo que dice el *Larousse* enciclopédico:

*continencia*: el hecho de abstenerse de los placeres del amor.

*virginidad*: estado de las personas vírgenes. Y en cuanto al adjetivo

*virgen*: que jamás ha tenido relaciones sexuales.

*celibato*: estado de una persona que no está casada.

*castidad*: abstención de los placeres carnales juzgados ilícitos<sup>2</sup>.

Los teólogos no hablan en forma muy diferente. He aquí lo que escribe el P. Matura: “El celibato indica el estado de una persona en edad de casarse y que no lo está, nunca lo estuvo y, en el caso del religioso, ha decidido públicamente no estarlo jamás. En el sentido social y jurídico, el celibato es por lo tanto la exclusión de lo que está reconocido como matrimonio por la Iglesia o el Estado. En el sentido más acabado, el celibato consiste en la decisión de no contraer vínculos interpersonales de amor con una persona del sexo opuesto y, en este nivel, vivir como solitario. Esto permite ver la diferencia entre celibato, virginidad, continencia total y castidad. La virginidad física excluye la consumación del acto sexual; la continencia total es la abstención de toda actividad sexual; la castidad es el dominio y el ejercicio de la sexualidad según las reglas de la razón y las exigencias de la ética cristiana. De suyo, el celibato puede realizarse sin los otros tres, pero el celibato cristiano implica necesariamente, junto con la renuncia al vínculo conyugal, la continencia total”<sup>3</sup>.

De hecho, algunos de estos términos tienen resonancias particulares. “La palabra continencia se aplicaría bastante bien al ideal budista de renuncia total: no puede dar todo lo que el ideal cristiano comporta de abnegación y de amor”. Agreguemos que no excluye el matrimonio. “El término celibato es demasiado vago: de suyo, indica una condición social que puede no tener ningún valor religioso. Se puede permanecer célibe por egoísmo o como resultado de las circunstancias. Para que sea cristiano, el celibato debe consistir en el don de sí mismo y ser aceptado libremente; de otro modo, está muerto. Virginidad es un término tradicional, pero sus resonancias son femeninas. A pesar de lo intentado por otros espirituales, el empleo de la palabra virgen en masculino singular sigue siendo torpe y forzado. Además, pone el acento sobre una cuestión de integridad física que el Nuevo Testamento está lejos de considerar como esencial.”. Y se puede decir de la virginidad muchas cosas aplicables también a los viudos, a las viudas y a los penitentes. “Es también tradicional hablar de castidad perfecta. Este término tampoco deja de tener sus inconvenientes pues podría dejar la impresión de que el matrimonio no es verdaderamente casto, que es imperfecto, y como marcado con una tara original. Tocamos aquí un problema que se plantea frecuentemente en teología: en sí mismas las palabras son incapaces de expresar la plenitud del mensaje cristiano. No es sino cuando la tradición y la vida cristianas las han cargado con un valor especial que ellas se hacen aptas para abarcar las realidades reveladas”<sup>4</sup>.

Prácticamente, al igual que el P. Legrand que acabo de citar, utilizaré los diferentes términos en forma bastante libre, así como los autores del Nuevo Testamento han hablado indiferentemente de *parthenos*, *agamos*, *egkratés*. El pensamiento cristiano se ve obligado a hacer violencia al purismo lingüístico, así como el Reino hace violencia a la naturaleza.

## I

1. Para situar mejor el celibato de Cristo es preciso recordar los conceptos del Antiguo Testamento en este campo.

<sup>2</sup> *Grand Larousse encyclopédique*, 10 vol. Paris, 1960-1964.

<sup>3</sup> T. MATURA, *Celibato*, en *Dizionario degli Istituti di perfezione*, t. II, Roma, 1975, col. 738.

<sup>4</sup> L. LEGRAND, *La virginité dans la Bible*, Paris, 1964, pp. 8-9.

Me dirán ustedes quizás que sería necesario hacer lo mismo respecto a las otras religiones. No puedo dar sino algunos datos rápidos.

El celibato se practicaba, mucho antes del cristianismo, en el hinduismo (por los monjes errantes, los *sannyasin*), y, sobre todo, como hecho masivo y organizado comunitariamente, en el budismo. Esto debe ser apreciado en la perspectiva de los conceptos orientales, para quienes la sexualidad, el matrimonio, la generación no hacen sino prolongar un mundo de deseo, de dolor, y, finalmente de ilusión, de todo lo cual es preciso liberarse. Parecería que hubo contactos entre el Oriente indio y el helenismo desde la época de Alejandro Magno a fines del siglo IV, pero que debe excluirse una influencia en cuanto al celibato.

En el mundo greco-romano, el celibato o la abstención sexual no es totalmente desconocido. La abstención sexual se practicaba de manera más o menos prolongada por motivos culturales, por ejemplo en el caso de las Vestales de Roma. En ciertos cultos asiáticos, algunos sacerdotes llegaban hasta castrarse. En Roma los hombres podían permanecer célibes por motivos egoístas (retener herencias, evitar responsabilidades de hijos, etc.), lo cual obligó al legislador a intervenir.

Finalmente, ciertas corrientes filosóficas, como el estoicismo y el neo-platonismo invitaban a los sabios a la abstinencia sexual y al dominio de sí, a fin de que la preocupación por los negocios y por la vida familiar no les impidiera entregarse intensamente a la sabiduría<sup>5</sup>.

2. Vengamos al Antiguo Testamento. El pueblo de Dios atribuye una importancia primordial a la fecundidad. Esta responde a las exigencias de la creación y de la Alianza. De la creación: Al relato yavista de la creación de la mujer sigue inmediatamente el versículo (que Cristo mismo retomará): “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (*Gn* 2,24: texto que insiste sobre la unión conyugal). Con un acento un poco distinto (insistencia sobre la fecundidad), el relato sacerdotal del *Gn* 1,27-28 da, a continuación del versículo: “A imagen de Dios los creó, hombre y mujer los creó” este otro versículo con la primera palabra de Dios al hombre: “Sed fecundos, multiplicaos” (*Gn* 1,28). Esta bendición se comprende como una orden a la cual no es posible sustraerse. El matrimonio es obligatorio, la procreación igualmente. Quien elude este deber aminora la imagen de Dios; es como si derramara sangre<sup>6</sup>. Por otra parte, las promesas ligadas a la Alianza, las de un pueblo tan numeroso como las arenas del mar y las estrellas del cielo, exigían, también ellas, la fecundidad. A esto se agregará para las mujeres –cuando las promesas mesiánicas hayan adquirido cierta consistencia– el deseo de llegar a ser la Madre del Mesías.

Dentro de esa mentalidad, el celibato era, por así decirlo, inconcebible, y parecería que no hay palabra hebrea para “célibe”. Por otra parte, si un hombre resultaba ser eunuco, no podía formar parte de la comunidad de Israel (*Dt* 23,2). *A fortiori*, quedaba excluido del sacerdocio (*Lv* 21,21).

La esterilidad de la mujer es un mal, y una vergüenza. Para salvar la dificultad y combatir ese mal, el israelita, al igual que los babilonios de la época, permitía a la mujer estéril dar a su marido una de sus sirvientas: el niño que naciera de ésta, sería legalmente el de su ama. Es conocida también la acción de las dos hijas de Lot (*Gn* 19,30-38). María en el *Magnificat* agradecerá al Señor por haberle quitado su oprobio (*Lc* 1,48).

Conocido es el episodio del Libro de los Jueces 11,34-40. Cuando la hija de Jefeé comprende que va a perder la vida a raíz del voto imprudente de su padre, pide retirarse a la montaña durante dos meses para “llorar su virginidad”, es decir para llorar, no la pérdida de su vida, sino el tener que irse sin conocer los goces del matrimonio y de la maternidad. Igualmente, cuando los profetas hablan de la Virgen de Israel, hacen alusión sin duda a los esponsales entre Yavé y su pueblo, pero generalmente no hablan así sino en casos de calamidad o de gran aflicción. He aquí un solo texto: Amós 5,1-2:

<sup>5</sup> *Mystique et continence. Travaux scientifiques du VII congrès international d'Avon*. Etudes carmélitaines, Desclée de Brouwer, 1952.

<sup>6</sup> STRACK-BILLERBECK, *Komentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrash*, t. I, Munich 1922, p. 807.

“Escuchad... una elegía, casa de Israel: ¡Ha caído, no volverá ya a levantarse la virgen de Israel!”. (Ver también *Jl*, 1-8; *Lm* 1,15; 2,13). Hay allí como la réplica, a nivel colectivo, del oprobio de la virginidad, es decir, de la esterilidad a nivel personal.

No se conoce caso alguno de celibato voluntario en el Antiguo Testamento, salvo el caso de Jeremías a quien el Señor lo conjuró a no tomar mujer (16,2). Pero justamente hay ahí como un gesto profético; la nación está a punto de sufrir una de las peores calamidades de su historia; no se trata ya de vivir como si nada pasara y de exponer mujer e hijos a la catástrofe. Jeremías anuncia, mediante esa renuncia, el desastre inminente. (*Jr* 16,10-13).

3. La *Haggada* atribuye a Elías y a Eliseo una continencia perfecta, a lo menos después de su vocación; pero la Escritura guarda silencio sobre ese punto. Es sin embargo significativo que la tradición haya destacado así la continencia como medio de agradar al Señor y de servirle.

¿Podría descubrirse en el Antiguo Testamento algún comienzo de aprecio positivo del celibato y de la virginidad? ¿Habría que destacar, por ejemplo, el valor religioso de la viudez mantenida voluntariamente por Judit (*Jdt* 8,4 ss.; 16,22) y, mucho más tarde, en el Nuevo Testamento, la viudez de la profetisa Ana (*Lc* 2,37)? Quizás.

Se estimaba mucho la virginidad anterior al matrimonio (*Gn* 24,16; *Jc* 19,24) y era una condición indispensable para desposarse con el sumo Sacerdote (*Lv* 21,7) o con un simple sacerdote (*Ez* 44,22). Pero se trata aquí de la preocupación por la pureza ritual mucho más que por estima de la virginidad en cuanto tal.

Más significativo probablemente es la insistencia con la cual la Escritura subraya que las mujeres de tres antepasados del pueblo elegido eran estériles: Sara (*Gn* 11,30 y también 16,1), Rebeca (*Gn* 25,21) y Raquel (*Gn* 29,31) antes de que les fuera acordada una descendencia, don de la gracia de Dios Pablo dirá (*Rm* 4,18-22): El hombre debe confesarse impotente y confesar con fe el poder de Dios para suscitar la vida en una tierra desierta: la fe triunfa de la muerte estéril y suscita la vida. También Ana la estéril cantaba cuando tuvo un hijo: “La mujer de muchos hijos se marchita, mientras que la estéril da a luz siete veces” (*1 S* 2,5; *Sal* 113,9).

Se perfila también un cierto movimiento para no jugarse el todo, por así decir, sobre la fecundidad carnal. En el deuterio-Isaías después del exilio, se encuentra este oráculo totalmente nuevo: “Que el eunuco no diga: Yo no soy sino un árbol seco. Pues así dice Yavé: A los eunucos que... se mantienen firmes a mi Alianza, les daré una estela y un nombre mejor que el de hijos e hijas. Les daré un nombre eterno que no será jamás suprimido”. En el mismo sentido esta reflexión del Libro de la Sabiduría (*Sb* 3,13-14): “Feliz la mujer estéril pero sin tacha. Su fecundidad se mostrará en la visita de las almas. Dichoso del eunuco que con sus manos no obra iniquidad... Vale más no tener descendencia y poseer la virtud, pues la inmortalidad acompaña su memoria”. En resumen: poco a poco se va presintiendo que la fecundidad carnal no es todo y que hay lugar para otra fecundidad. “Esto deja presentir, dice K. Barth, que en el futuro, cuando el Niño y el Hijo, el Mesías, haya nacido, otra apreciación y otra práctica del matrimonio se habrán hecho, por lo menos, posibles<sup>7</sup>.”

4. Es el momento de hablar del celibato en Qumran. Los datos que se tienen al respecto no concuerdan totalmente. Me coloco aquí en la hipótesis de que realmente se trata, en Qumran, de una comunidad esenia.

Las fuentes no-esenias son: Filón, Josefo y Plinio el Viejo. Según Filón (Eusebio, *Preparatio Evangelica* VIII,11), ninguno de los esenios toma mujer. Josefo nos dice por una parte que los esenios desprecian a las mujeres (*Guerra Judía* II,8,2, 120), y por otra, expresa que una parte de ellos acepta el matrimonio con miras a la procreación y hacen uso de él con este fin (*ibid.* II,8,13, 160). Finalmente, para Plinio, los esenios viven de una manera desconcertante: “sin ninguna mujer, renunciando a todos

<sup>7</sup> K. BARTH, *Dogmatique*, trad. franc. vol. III, t. 4,1, Ginebra 1964, p. 147 (el autor ha utilizado su propia traducción).

los placeres sexuales. Es una sociedad donde nadie nace” (*Hist. Nat.* V,17,73).

En cuanto a las fuentes esenias, tenemos: Según la *Regla de la Congregación de Israel* (1,10) no hay relaciones conyugales antes de los 20 años. El *Documento de Damasco* (XII,1-2) varias veces habla de mujeres e impone una cierta continencia. Finalmente la *Regla de la Comunidad* de Qumran hace total abstracción de las mujeres, pero sin duda hubo mujeres en Qumran ya que se han descubierto esqueletos femeninos.

Se han ideado varios sistemas para armonizar todos estos datos, como por ejemplo: uso del matrimonio entre los 20 y los 25 años, luego continencia; o bien, evolución de la disciplina en el sentido de celibato o coexistencia de matrimonio y celibato, o también variedad de regímenes según las comunidades. Una conclusión bien neta no parece posible en la actualidad. Sólo se puede admitir con bastante probabilidad que en un momento dado un grupo vivió en el celibato<sup>8</sup>.

Más interesante para nosotros es buscar los motivos del celibato en Qumran. Según las fuentes extra-esenias, estos son negativos. Josefo escribe (*Guerra Judía*, II,8,2, 120) que los esenios no condenan al matrimonio pero se mantienen en guardia contra la impudicia de las mujeres y están persuadidos que ninguna de ellas se mantiene fiel a un solo hombre; y, en otro lugar (*Guerra Judía*, XVIII,1,5, 21), que las mujeres son una ocasión de discordia. Filón es todavía más misógino: describe a la mujer como egoísta, extremadamente celosa, hábil seductora que hace del hombre un esclavo, que a menudo se demuestra insinuante pero también, cuando tiene hijos, está llena de arrogancia y de audacia y obliga a su marido a hacer lo que es contrario a la comunidad (*Apología de los judíos*). Estos dos autores reflejan la mentalidad helénica sobre los defectos de las mujeres. Plinio habla de otro modo pero también es negativo (*Hist. Nat.* V,17,73): los cansados de la vida afluyen allí para llevar una existencia de penitencia.

Los autores modernos buscan algo más positivo en el espíritu de la tradición judía y proponen tres motivos: vida en comunidad, pureza cultural, amor de Dios.

*Vida en comunidad:* Se apoya sobre Filón y Josefo, pero dejando de lado la misoginia. No en razón de los defectos de la mujer sino en virtud de la naturaleza misma del matrimonio y de las exigencias legítimas de la vida de familia, la presencia de mujeres sería una traba o una amenaza para la vida de la comunidad, la que es primordial entre los esenios.

*Pureza cultural:* Los esenios manifiestan el amor a Dios mediante una pureza ritual total, continua, sin cesar renovada (Filón, *Quod omnis probus sit liber*, 84). De ahí sus numerosos baños de purificación. La pureza sexual estaba exigida por el *Levítico* (22,4) para el servicio sacerdotal. Ahora bien, las relaciones sexuales hacen impuros al hombre y a la mujer. Los esenios se consideran como una comunidad de santos (*I QS* 5,13) en la cual el sacerdocio está generalizado y espiritualizado. Se consideran como un santuario, un verdadero templo, en ininterrumpido servicio sacerdotal.

*El amor a Dios:* En la tradición de la Alianza, la abstinencia sexual se presenta como condición del encuentro con Dios (*Ex* 19,15; Moisés lo exige al pueblo). Y los esenios, reunidos en comunidad de la Alianza, vivían en la espera escatológica de la manifestación de Dios.

Quizás, también en Qumran, tan en función del conocimiento de los misterios divinos, se consideraba la continencia como favorable a las visiones, según un criterio que se encuentra en el libro de Enoc el Etíope (83,2\* 85,2). Era también la búsqueda de la intimidad de Dios lo que justificaba la virginidad que guardaban las mujeres pertenecientes a la secta de los terapeutas (Filón, *De vita contemplativa*, 68). Quizás haya que mencionar además para Qumran, la ideología del combate. La guerra santa, a librarse en comunión con los ángeles, requiere la pureza sexual, ya se trate del combate escatológico que verá el aniquilamiento de los impuros, o del combate interior por lo menos entre el espíritu de verdad y el espíritu de iniquidad (*Regla de la guerra*).

---

<sup>8</sup> A. MARX, *Les racines du célibat essénien*, en *Revue de Qumram*, 27, 1970, pp. 323-340.

Se puede muy bien admitir por lo tanto que es la búsqueda de Dios –motivo religioso y no solamente moral– lo que exige el celibato de Qumran. Este celibato es más teocéntrico que antropocéntrico, lo que no impide que quede prisionero de las prescripciones de pureza ritual y material, prolongación de la mentalidad judía<sup>9</sup>.

5. Ya cercano al tiempo de Cristo podría ser por lo tanto que, en cierta medida, el celibato haya sido considerado como menos insólito que en la tradición más antigua, pero es imposible determinar esta medida. ¿Qué ocurría, por ejemplo, en los ambientes de los pobres de Yahvé? ¿Quién puede decirlo? Se podría aducir casi con seguridad que Juan Bautista fue célibe ya que desde su infancia vivió en el desierto –haya o no estado bajo la influencia de Qumran. Hay buenos exégetas que admiten en María un propósito de virginidad aunque haya aceptado el matrimonio con José.

Las genealogías en el Antiguo Testamento tienen la importancia que conocemos precisamente dentro de las perspectivas de fecundidad de las que ya he hablado. Al llegar Cristo, ya no será esa fecundidad la que ocupará el primer plano. El nacimiento esencial será aquel que no proviene ni de la carne, ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (*Jn* 1,13). La genealogía carnal de Jesús en Mateo y Lucas es la última que tiene verdaderamente importancia en la economía de la salvación.

## II

1. Hablemos ahora de Cristo. Es sabido que en los ambientes rabínicos de fines del siglo primero, el matrimonio era siempre obligatorio. Conocemos un solo caso de un rabino célibe: el de Simón Ben Azzai (hacia el año 100). Como sus cofrades se lo reprochaban, afirmando que infringía el mandamiento de Dios, él respondió:

“Mi alma está pendiente de la Ley: así pues no me queda tiempo para el matrimonio; el mundo puede ser continuado por otros”, y para éstos, Azzai mantenía la doctrina corriente<sup>10</sup>.

Cristo fue casto, virgen, célibe. Ignoro si el hecho del celibato de Cristo ha sido contestado en los tiempos pasados. Lo ha sido hace algunos años, en 1970, por un tal W. E. PHIPPS que en el título de su libro plantea una pregunta seguida de una afirmación: “Jesús, ¿era casado? La distorsión de la sexualidad en la tradición cristiana”<sup>11</sup>. La argumentación es la siguiente: el celibato de por vida era completamente ajeno a la concepción bíblica. El Nuevo Testamento no dice explícitamente que Jesús no fuera casado. Por lo tanto, lo era, o lo había sido antes de su ministerio público. La convicción de que Jesús permaneció virgen se debe a la infiltración de ideas ascéticas helenísticas entre los cristianos surgidos de la gentilidad en el ámbito post-apostólico.

Podemos, sin sombra de escrúpulo, dejar caer tal suposición. El Evangelio habla de la madre de Jesús, de sus hermanos, de sus hermanas, jamás de su mujer ni de sus hijos. Cristo no fue casado.

No es solo el celibato lo que distingue a Cristo de los rabinos. Un rabino ejerce su oficio, enseña en un lugar fijo, puede agrupar a su alrededor discípulos y compañeros, hombres únicamente. Su autoridad reside solamente en la exégesis de la Ley y de la tradición de los Padres. Jesús renunció, al parecer, a su oficio cuando comenzó su vida pública. Bien lejos de permanecer en un solo lugar, se le ve recorriendo sin cesar los caminos de Palestina y, sólo rara vez, fuera. Le siguen discípulos, aún mujeres, y esto no estaba dentro de la tradición judía. Jesús enseña con una autoridad personal que sorprende los ánimos. Se presentaba como habiendo recibido de Dios plenos poderes, su palabra era la palabra de Dios<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> En lo relativo a Qumran me he inspirado mucho en J. GALOT, *La motivation évangélique du célibat*, en *Gregorianum*, 53, 1972, pp. 731-757.

<sup>10</sup> STRACK-BILLERBECK, *Kommentar...*, *ibid.*

<sup>11</sup> W. E. PHIPPS, *Was Jesus Married? The Distortion of Sexuality in the Christian Tradition*, New York / London, 1970.

<sup>12</sup> B. RIGAUX, *Le célibat et le radicalisme évangélique*, en *Nouvelle Revue Théologique*, 97, 1975, pp. 481-500; 593-604.

Jesús, siendo lo que es: Dios e Hijo de Dios, hombre nacido virginalmente de una madre inmaculada, investido con una misión de salvación para toda la humanidad, no es concebible que haya podido contraer matrimonio. Su intimidad única con el Padre, la universalidad de su amor por todos los hombres no parece realmente conciliable con el estado matrimonial, que comporta siempre una particularización indudable del amor entre los esposos, aún los más caritativos. Y no se tenga temor de que se nos aplique el adagio escolástico: *Quod non assumpsit non sanauit*. Tanto asumió el misterio de las bodas humanas que es precisamente con referencia a las nupcias de Cristo con la Iglesia cómo se aprecia la grandeza del matrimonio.

2. Cristo no habló, por decirlo así, de la castidad. Recomendó la pobreza, el perdón a los enemigos, la mansedumbre, etc. Sobre la castidad, casi nada; en todo caso, no una enseñanza central. En lo que le atañe personalmente, se podría ver en esta discreción el indicio de que para él la castidad se sobreentendía. El no tenía que hacer esfuerzos para ser casto. No tenía que prometer el celibato por consideración ideológica de ningún tipo. Vivió el celibato porque en él el Reino de Dios estaba presente, ese Reino donde la carne no tiene ya función específica.

El Concilio ha recordado que la Revelación comprende acontecimientos y palabras que se aclaran entre sí (*Dei Verbum* 2). En esta perspectiva trataremos de buscar en el Evangelio lo que puede informarnos sobre la vida de virginidad/castidad/celibato de Cristo. Y seguidamente trataremos de recoger su eventual enseñanza en la materia.

#### A. Vida de Cristo

Desearíamos tener algunos documentos personales, una especie de diario íntimo que nos entregara sus confidencias y sus reacciones. Pero los Evangelios no pertenecen a este tipo de documentos. Es muy raro que nos entreguen algo de los sentimientos íntimos del Señor. Nada que pueda asemejarse a lo que tenemos para Jeremías, ese profeta introspectivo que, por ello mismo, sentimos tan próximo a nosotros.

Para nada tengo la tentación de dar un enfoque analítico de la virginidad de Cristo, como va ha sido hecho recientemente a partir de las tentaciones de Jesús en el desierto<sup>13</sup>. Por el contrario, me gustan mucho las páginas escritas por el P. Guillet sobre la castidad de Cristo<sup>14</sup> y las seguiré muy de cerca. Veremos siete textos.

1. En primer lugar, el episodio de Jesús niño en el Templo cuando, después de tres días de angustiosa búsqueda, sus padres lo encuentran en medio de los doctores. y a su reproche, Jesús les contesta: “¿Y por qué me buscabais? ¿No sabías que debo estar *en tois tou patrós mou?* (Lc 2,49), lo que podemos traducir de dos maneras: Debo estar en los asuntos de mi Padre, y entonces esto apuntaría a la contemplación del Padre (es decir que Jesús debe iniciar a los hombres en la oración al Padre), pero también a la predicación de la Buena Nueva, al fuego que ha venido a traer sobre la tierra. Se puede también traducir –y esto es quizás preferible–: Debo estar en casa de mi Padre, con la idea del contexto: manifestación de Jesús, manifestación de su gloria escatológica en su lugar propio: el Templo definitivo, el Padre.

Pero, que se tome la primera interpretación o la segunda, de todos modos vemos evocadas las relaciones completamente particulares con su Padre, no con José, sino con el Padre de los cielos, su verdadero Padre. Respecto a esta afirmación perfectamente clara en cuanto a Jesús, la extrañeza de sus padres es grande y no comprenden (aún si María sabía desde la Anunciación que ella daría a luz al Hijo de Dios –lo que no todo el mundo admite y que, personalmente, yo considero menos probable–). Se trata aquí de palabras de niño, sin duda: Jesús tiene doce años, la edad de la *bar-mitswa*, edad en

<sup>13</sup> B. LORENZO, *La virginité du Christ*, en *Christus*, 24, 1977, pp. 339-348.

<sup>14</sup> J.GUILLET, *La chasteté du Christ* en *Christus*, 17, 1970, pp. 163-176.

que el pequeño judío se convierte verdaderamente en súbdito de la Ley. En esta primera palabra de Jesús vemos surgir en su estadio reflexivo una toma de conciencia de lo que él era ciertamente desde su nacimiento. Hijo del Dios Altísimo. Y esta pertenencia a su Padre, Jesús la afirma aquí, con toda libertad. Joven adolescente, es lo suficientemente libre para decir lo que él es y para tomar su distancia con relación a sus padres. Es suficientemente libre igualmente para volver con ellos a Nazaret y continuar allí una vida de trabajo humilde y de sumisión. La libertad de Cristo es esencial al misterio de la persona. Nuestra libertad propia constituye igualmente una componente esencial de nuestro ser humano y cristiano, aun si nuestra libertad está condicionada diferentemente de la de Cristo, quien no cometió pecado sino que vino para liberarnos del pecado a fin de que seamos verdaderamente libres. El desapego con relación a los afectos familiares, del que Jesús da aquí pruebas, debe recordarnos que también nosotros tendremos, llegado el caso, que tomar nuestras justas distancias con respecto a ellos si llegaran a poner en peligro nuestra orientación fundamental hacia el Padre.

2. Tomemos ahora una palabra puesta en boca de Juan Bautista. Los discípulos del Bautista se inquietan por el éxito de Jesús que hace competencia a su Maestro, y este les dice simplemente: “El que tiene la esposa es el esposo, pero el amigo del esposo, y el que le asiste y le oye, se alegra mucho a la voz del esposo” (*Jn 3,29*). ¿Son realmente del Bautista estas palabras?, ¿o del evangelista?, ¿o de la comunidad cristiana? Poco importa: no pudieron haberse inventado sino en contacto con Jesús, por hombres que habían tenido experiencia de su persona, y estas palabras nos dicen: Jesús es el esposo. Juan es su profeta, el último de los profetas, el último de esos profetas amigos de Dios, enviados por Dios a su pueblo Israel para expresarle su amor arrollador de esposo apasionado por una esposa querida celosamente. Vienen a la memoria los textos de Oseas 2,21-22; de Joel 1,8; de Isaías 54,5-6, de Ezequiel 16, y las palabras del Cantar y del Salmo 45. He aquí que en el Nuevo Testamento el esposo no es ya Yavé Dios sino su enviado Jesús, quien no puede ser sino casto. Nada tiene en común con los dioses orientales que se avenían muy bien con amores violentos y ciegos por sus esposas, por las diosas hermanas o madres. Jesús viene para hacer oír a los hombres una palabra que todavía no habían escuchado. Ama a todos los hombres, ama a todos los pueblos y no solamente al pueblo judío. Viene a despertar en ellos un amor totalmente nuevo.

3. En Mateo encontramos una frase que no deja de tener relación con la que acabamos de ver. Esta vez es del propio Jesús. En Mateo 9,13, se le reprochaba a Jesús comer con los pecadores. En *Mt 9,14-17* se le reprocha (los seguidores del Bautista) no ayunar con los justos, no practicar los ayunos supererogatorios de la piedad tradicional. “¿Por qué, mientras nosotros y los fariseos ayunamos, tus discípulos no ayunan?”. Y Jesús les responde: “¿Los amigos del esposo pueden acaso ayunar mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que el esposo les será quitado y entonces ayunarán”. Estas palabras tienen toda la posibilidad de ser verdaderamente de Jesús. ¿Los cristianos, habrían acaso podido imaginar el dar a su Maestro el título de esposo? Como dice el P. Guillet, “todo aquí es de él, su forma misteriosa de designarse en tercera persona, cómo habla, en otra parte, del Hijo del hombre o simplemente del Hijo, (su manera) de leer su destino en una figura que se pensaría es distinta de él y que expresa el fondo de su ser, el llamado interior que lo habita y lo conduce, su certeza de estar, a la vez, destinado a la muerte y a una alegría y a un encuentro inefables, bajo una forma y a una hora que pertenecen a su Padre pero que harán resplandecer lo que él es”<sup>15</sup>. Es como una confidencia que deja escapar, es la meditación profunda del Salvador. Tiene un corazón hecho para amar y para ser amado. Y, en una palabra, evoca con toda naturalidad el lenguaje de las bodas. Para manifestarlo encontrará ambiente propicio en Caná, comparará el Reino de Dios con un banquete de bodas. Jesús está presente, pero con una presencia infinitamente discreta, en todas las bodas humanas Y porque se trata de algo muy grande, dirá cuáles son sus exigencias, abrogando con su autoridad las facilidades que había acordado Moisés, para volver al proyecto primordial del Creador: “Lo que Dios ha unido, no lo separe del hombre” (*Mc 10,6-9*). Y esto es significativo. Jesús sabe de qué está tratando: de la carne, del corazón, de la tentación, del vínculo divino indisoluble. ¡Y qué puro es todo esto! ¡qué casto! Ni deseo, ni temor, sino atención delicada, ternura exigente. Es el esposo de la comunidad mesiánica en su totalidad; da su vida en la cruz para que por la entrega del Espíritu su esposa reciba la vida.

---

<sup>15</sup> J.GUILLET, *art. cit.*, pp. 167-168.

4. Pasemos a san Lucas 7,39-44: se trata del episodio de la pecadora perdonada. Ocurre esto durante una comida en la casa de Simón el Fariseo, quien inmediatamente juzga a aquella que se acerca tan audazmente a Jesús: es una pecadora, hay que apartarse de ella con desprecio, es provocadora. Jesús, por su parte, acepta de esta mujer manifestaciones bien femeninas de arrepentimiento y de amor. Se siente conmovido: ni tentado ni despectivo; la acoge con toda pureza, admirado hasta el deslumbramiento: “Simón, ¿ves esta mujer? “, con muchas muestras exteriores ha manifestado cuánto ama. Tú no has hecho nada de todo eso. Los pecados de ella son perdonados. Ha amado mucho. Y los asistentes dicen: “¿Quién es este hombre que llega hasta perdonar los pecados?”. A la mujer Jesús le dice: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”.

Jesús se muestra aquí todo acogida, todo apertura para quien realmente quiere venir a él. La relación con el Padre no está ausente, ya que perdona pecados cometidos contra Dios. Pero, finalmente, el verdadero valor, el único importante, es el amor. El P. Guillet escribe también estas palabras: “No hay ya aquí mujer hecha para seducir, ni hombre triunfante, orgulloso de proclamar su victoria. Hay un corazón perdido que supo llegar hasta el término del amor y un corazón casto que supo reconocerlo, alcanzarlo y liberarlo<sup>16</sup>.”

¿Cómo no recordar aquí hasta qué punto Jesús demostró ser “libre” en sus relaciones con las mujeres? No se percibe en él complejo de ninguna especie. Su libertad de conducta sorprende, por ejemplo cuando los discípulos lo encuentran en conversación con la Samaritana. Tiene fama de amigo de pecadores, pone a las prostitutas como ejemplo. Sin embargo, jamás se lo tachó de ser equívoco, aún cuando se lo quiso poner a prueba cuando se le preguntó cómo se debía proceder con la mujer adúltera, de la cual Moisés dice que debe ser lapidada. “Y tú, ¿qué dices?”. Como respuesta Jesús revela el pecado de los acusadores y perdona a la adúltera, pero le recomienda no pecar más (*Jn* 8,11).

Ya he dicho que las mujeres seguían a Jesús, hecho inusitado en su época. Jesús se conmueve con el dolor de la viuda de Naín, alaba a la pobre viuda que con dos monedas ha entregado todo cuanto poseía, cura a la hemorroísa que ha intentado tocarlo. Tiene una amistad muy especial con Marta y María y se encuentra a gusto en su casa. En el Calvario, aparte de Juan, no habrá sino mujeres: su madre y algunas otras; y las mujeres serán las primeras en anunciar la resurrección, constituidas así, como lo dice, según creo, un texto litúrgico oriental, en “apóstoles de los apóstoles”. Resucitado, Jesús llama a María por su nombre con un acento inconfundible: el del afecto.

Guardini ha escrito: “Aún cuando (Jesús) haya hablado poco de cosas sexuales, una fuerza que calma, purifica y hace desaparecer esas potencias desordenadas, se desprende de él como de ninguna otra persona<sup>17</sup>”. Pablo tiene algunas reflexiones misóginas, pero Jesús, no. La unión sexual es algo transitorio, Jesús lo ha dicho (*Mc* 12,25 y paralelos) y él eligió ignorar esa forma de amor. Es totalmente hombre, y perfectamente casto. Jesús encontró muchas mujeres, las escuchó, las miró, a ninguna despreció, rechazó ni aduló.

5. Y veamos otro texto bien conocido, como todos los que por otra parte he citado: Mateo 12,50. Jesús habla, rodeado de sus discípulos y de la muchedumbre. Acaban de decirle: “Tu madre y tus hermanos y tus hermanas están ahí que quieren verte”. Jesús responde: “Mis hermanos, mis hermanas, mi madre, helos aquí: son mis discípulos”. Aquí, como con mucha frecuencia, Cristo es maestro en la réplica acertada. ¿No expresa ésta acaso la distancia que él desea tomar respecto a sus parientes naturales? Ciertamente que sí. Pero, ¿no será preciso ir más lejos y, siempre siguiendo al P. Guillet, recordar hasta qué punto para un oriental del tiempo de Jesús los vínculos familiares son sólidos, indestructibles y, en una palabra, indispensables<sup>18</sup>? El individuo aislado no puede subsistir. Es necesario el grupo, cuyo vínculo no es necesariamente el de la sangre pero en el cual todos los miembros están unidos como hermanos. Y aquí se puede decir que si Jesús rompe de algún modo con el vínculo familiar, crea una nueva comunidad en la que el vínculo vital es estar unido con él, Jesús. Cristo es el centro de esta familia. Por todas partes donde haya cristianos deberá encontrarse este

<sup>16</sup> GUILLET, *art. cit.*, p. 169.

<sup>17</sup> R. GUARDINI, *El Señor*, t. I, p. 483.

<sup>18</sup> J. GUILLET, *art. cit.*, p. 171.

vínculo esencial con Jesús, con quien todos aquellos que hacen la voluntad del Padre se encuentran en comunicación de vida. En Jesús se encuentra una fuerza única de unión y, al mismo tiempo, un respeto absoluto por cada persona. Este amor de Cristo por cada uno de los suyos es perfectamente casto, es todo acogida, sin ningún repliegue sobre sí mismo. El Hijo vincula libre y totalmente a su Padre y orienta a los hombres a volver al Padre. El amor del Señor Jesús no es ni conquista, ni reivindicación. “La verdadera castidad de Jesús, dice el P. Guillet, el secreto de su libertad y de su fuerza frente a las mujeres no es en el fondo sino su manera de tratar a cualquier ser humano, de entregarse a él por completo, de brindarle toda su experiencia, toda su atención y de llamarlo a una respuesta total. Incapaz de pedir menos que el corazón por entero, incapaz de ejercer la más mínima presión, permite a cada uno ser él mismo”. Jesús quiso con amor de amistad a sus discípulos, virilmente, pero tiernamente; sufrió con sus debilidades y con su huida. Amó a la casa de Betania. Y, sin embargo, jamás tuvo complacencias ni susceptibilidades. Pertenece a todos por entero. Es casto. Si lo que acabo de decir es justo, está claro que “la castidad no debe limitarse al campo del sexo y del matrimonio, sino que se vincula con lo que la tradición llamará la virginidad del corazón, o también la pureza de corazón: apertura, plenamente humana, pero sin replegarse sobre sí, a fin de estar abierto a los demás como a Dios mismo<sup>19</sup>”.

6. Llegamos así a las confidencias de la Cena y el desarrollo de la Pasión. “Cuando llegó la hora, Jesús se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: ‘Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios’”. Jesús en una oportunidad había hablado de su gran deseo de que ardiera el fuego que había venido a traer a la tierra, y agregaba (*Lc 12,50*): “Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!”. Ahora ya está a punto de recibir ese bautismo deseado y temido. Sabrá encontrar el medio, por la economía sacramental, de unir a los suyos a su bautismo de muerte y de vida y, por la Eucaristía que va a instaurar, el medio de introducirse en lo más profundo de la vida de cada uno de aquellos que lo reciban con fe.

En el discurso que leemos en el cuarto evangelio, hallamos a un maestro que indudablemente nunca había estado más solemne y tampoco tan tierno (*Jn 13,16*): *Filioli* hijitos míos... Como yo os he amado, amaos los unos a los otros... Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí... el Padre os dará otro Paráclito que permanecerá con vosotros para siempre... Vosotros me veréis porque yo vivo y vosotros vivís. Comprenderéis que yo estoy en el Padre y vosotros en mí y yo en vosotros... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí como yo en él, da mucho fruto... Ya no os llamo servidores... os llamo amigos... Ahora estáis tristes, pero volveré a veros y vuestro corazón se regocijará... y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar”.

Momentos conmovedores, ciertamente, pero no hay allí sensiblería alguna sino un llamado a la fe y al don. Bajo las humildes apariencias del pan hecho eucaristía, va a comunicar toda la impotencia de su muerte y toda la potencia de su vida. Para sus discípulos será fuente de pureza la Eucaristía que les comunicará la propia pureza de Cristo, su acogida, su don total. “Es totalmente impensable, dice von Balthasar, que Jesús hubiera podido dar su cuerpo y su sangre para la vida del mundo” si los hubiera ofrecido también en un matrimonio particular<sup>20</sup>. El Señor amó con amor casto a los hombres, a todos los hombres, aun a aquellos que se levantaban contra él. La pureza de este amor total le permite purificar a fondo la mancha de todos.

El misterio del Cordero inmolado, que evocará el Apocalipsis 5, está aquí en acto, realizando las bodas con la Iglesia nacida de la herida del costado de Cristo. La Iglesia es la esposa que, con el Espíritu, clama: “¡Ven, Señor Jesús!” (*Ap 22,20*), a fin de que se cumpla totalmente el Misterio de la unión divinizante y de la transfiguración. Cristo, dirá san Pablo (*Ef 5,25-27*), “amó a la Iglesia como un hombre ama a su esposa y se entregó por ella... pues quería presentársela a sí mismo toda resplandeciente, sin mancha ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada”. De este misterio son reflejo las bodas humanas.

---

<sup>19</sup> J. GUILLET, *art. cit.*, p. 173.

<sup>20</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Catholique*, trad. franc., Paris 1976, p. 119.

7. Un último texto: Juan 20,17: la aparición a María Magdalena. Jesús amaba a esta mujer, de la cual había expulsado siete demonios, y ella amaba a su Maestro con todo su ser, con su corazón de mujer. Jesús resucitado la llama por su nombre con un acento inconfundible y María lo reconoce: “Rabboni”. Debe haberse echado a sus pies para abrazarlo (*Mt* 28,9). Este gesto de ternura que Jesús acogió en otra oportunidad, ahora no lo acepta: “Noli me tangere”, “¡No me toques!”, o mejor, “ ¡No me retengas! “ Es preciso que Jesús vaya al Padre. Es preciso que deje la tierra. Sin embargo no se alejará de aquellos que ama. Les estará presente con una presencia más profunda, más íntima, con una dimensión de eternidad. “Jesús resucitado, comenta el P. Guillet, nos entrega el secreto de la castidad: un corazón abierto a todas las criaturas, una intimidad hecha de ternura y de libertad, capaz de acogerlas a todas por su nombre y de reunir las a todas en la casa del Padre, en la alegría de las bodas. En adelante, María Magdalena, Agustín, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, los santos y los pecadores, los esposos unidos en Cristo y los célibes entregados al Señor son en el mundo los testigos de la castidad de Jesucristo”<sup>21</sup>.

### B. Enseñanza de Cristo

Cristo casi no habla de la castidad. Esta palabra no figura en los evangelios y no forma parte del lenguaje de Cristo. Apenas si en una ocasión deja escapar una alusión misteriosa a aquellos que se han hecho eunucos a sí mismos en vista del Reino de Dios (*Mt* 19,12). Sobre esto agrega: “Quien pueda entender, que entienda”. Esta fórmula enigmática nos impide tomar a la ligera una enseñanza indudablemente preciosa, pero ¿basta esta fórmula para poder decir que se trata aquí de un tema fundamental del Evangelio?<sup>22</sup>.

1. Es precisamente de Mateo 19,12 que deseo hablar ahora. Por lo demás, quizás lo podría haber incluido entre los textos relativos a la vida de Jesús, de ser justa la hipótesis incomprobable, pero muy plausible, si no probable, según la cual Jesús contestaría aquí a una especie de injuria que le hicieran. Se acusó al Maestro de ser glotón y bebedor de vino (*Mt* 11,9). Asimismo, se le habría podido echar en rostro ese mote único dirigido a su celibato y Jesús habría replicado en defensa de su manera de vivir, la de san Juan Bautista o de tal o cual de sus discípulos: “Es verdad; hay eunucos de nacimiento... hay eunucos hechos por los hombres, pero hay también eunucos por causa del Reino...”.

Pero retomemos el texto. A continuación de la controversia con los fariseos sobre el divorcio (“Maestro, ¿es lícito repudiar a su mujer por cualquier motivo?”), controversia señalada sólo por Marcos y Mateo, éste agrega los tres versículos sobre los eunucos, y 10 a 12. Lo esencial de esas pocas palabras parece proceder de Jesús mismo, dado el carácter violento de la imagen, la estructura semítica de la declaración (género de proverbio numérico) y la novedad de la enseñanza.

En la gran mayoría de las exégesis se reconoce aquí una invitación al celibato voluntario, para entrar en el Reino (la partícula *dia* tomada en el sentido final), o por causa del Reino (*dia* en el sentido causal), con la idea de que el Reino, ya desde ahora, lleva consigo una especie de presión para renunciar a la procreación. El celibato así elegido libremente es don de lo alto, como lo expresan las palabras “El que pueda entender, que entienda” –de lo cual se encuentra un equivalente un poco más arriba en el versículo 11 cuando, después de haber recordado la exigencia de la indisolubilidad del matrimonio, Jesús dice: “No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido”. La exégesis detallada de esta pericopa exigiría mucho tiempo y matices. Me conformo con repetir que para la mayoría de los exégetas es el texto más seguro para fundar sobre el Evangelio el celibato consagrado<sup>23</sup>.

Pero algunos exégetas recientes se oponen a esta forma de ver. Dom Dupont considera que en ese

<sup>21</sup> J. GUILLET, *art. cit.*, p. 176.

<sup>22</sup> J. GUILLET, *art. cit.*, p. 163.

<sup>23</sup> Se encontrará una buena exposición de este asunto en T. MATURA, *Le célibat dans le Nouveau Testament, d'après l'exégèse récente*, en *Nouvelle Revue Théologique*, 97, 1975, pp. 481-500; 593-604.

texto el Señor admite una verdadera excepción a la indisolubilidad, a saber, en caso de *porneia*, es decir, interpreta Dupont, en caso de adulterio. Pero esto no confiere sin embargo el derecho a volverse a casar. Se exige que esos esposos separados renuncien a la procreación, que vivan como eunucos<sup>24</sup>.

Dom Dupont ha señalado que en el capítulo 19 de san Mateo se encuentran tres perícopas que ilustran las exigencias del radicalismo evangélico para todos. En efecto, después de la perícopa sobre el divorcio y los eunucos (y en la interpretación de Dupont ese *logion* sobre los eunucos forma parte realmente de la cuestión sobre el divorcio, sin salirse de ella como se hace en la interpretación más corriente) siguen los versículos 13 a 15: Jesús no trata con aspereza a los niños que le presentan, como lo hacen sus discípulos (otro rasgo quizás para agregar al hablar de su castidad, pero pasemos de largo), y proclama que el Reino pertenece a los niños y a los que se les asemejan. En tercer lugar, está el episodio del joven rico (versículos 16 al 22) donde, en desacuerdo con la exégesis corriente hasta no hace mucho, los exegetas ven, no un llamado-consejo dirigido a algunos sino una exigencia planteada a todos sus discípulos. Radicalismo por lo tanto en el ámbito del matrimonio y de las obras de la carne, radicalismo en el ámbito del poder y de la estima, radicalismo también en lo que respecta a los bienes terrenales, y esto para todos.

Pocos exegetas hasta el presente han seguido a Dom Dupont respecto a la interpretación de los eunucos. Entre los católicos Q. Quesnell<sup>25</sup> y M. G. Boismard<sup>26</sup> la han aceptado; falta con todo agregar que Dom Dupont no pretende que su explicación agote el significado del *logion*. Este “formulado de manera general se dirige a todos los que de una manera u otra han renunciado a la vida conyugal en vistas al Reino de Dios... El Evangelio no excluye otras situaciones, en particular la de los hombres que se han comprometido a una continencia perfecta y perpetua<sup>27</sup>. El P. Quesnell nada dice de la aplicación eventual del término eunuco a otras situaciones que la de los esposos separados.

Debo señalar aquí que el Padre Tillard renuncia a ver en ese *logion* un fundamento explícito e inmediato de un “consejo evangélico” en el sentido técnico del término<sup>28</sup>.

2. He aquí otro texto donde es cuestión igualmente de matrimonio, pero también de una relación con la resurrección y los ángeles: se trata de Mateo 22, 30 (ver también los textos similares de *Mc* 12, 25 y *Lc* 20, 34 a 36). Los Saduceos interrogan a Jesús: “Había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó luego murió sin dejar descendencia, dejando su mujer a su hermano... etc. En la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la tuvieron”. Jesús responde: “Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo”. Resulta de esto que en la resurrección habrá relaciones de un orden nuevo entre los sexos. No que los hombres y las mujeres cambiarán de naturaleza: no se convertirán en ángeles pero, como ellos, serán inmortales y no habrá ya que asegurar la obra de la procreación (ver *Lc* 20, 34-36: “los que lleguen a ser dignos de tener parte en el otro mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles y son hijos de Dios”), Serán hombres y mujeres, pero en el estado de glorificación. Y en este sentido, quienes aquí abajo renuncian voluntariamente al matrimonio con miras o a causa del Reino y prometen continencia, son el signo del estado glorioso en cuerpos espirituales, como dirá más tarde el apóstol de los Gentiles. Este no desprecia el estado de matrimonio sino que indica hacia dónde se dirige.

### III

---

<sup>24</sup> J. DUPONT, *Mariage et divorce dans l'Évangile*, Bruges, 1959.

<sup>25</sup> Q. QUESNELL, “Made Themselves Eunuchs for the Kingdom of Heaven” (*Mt* 19, 12) en *Catholic Biblical Quarterly*, 30, 1968, pp. 335-358.

<sup>26</sup> P. BENOIT et M. E. BOISMARD, *Synopse des Quatre Évangiles*, en francés, t. II. M. E. BOISMARD, *Commentaire*, Paris, 1972, p. 309.

<sup>27</sup> J. DUPONT, *op. cit.*, p. 220.

<sup>28</sup> J. M.R. TILLARD, *Devant Dieu et pour les Hommes - Le projet des religieux*, Paris, 1974, p. 152.

Como quise reservar la segunda parte de mi exposición exclusivamente a la vida y a la enseñanza de Jesús, reúno en esta tercera parte lo esencial de la enseñanza de san Pablo y algunos textos patrísticos.

1. En la primera carta a los Corintios, 7, san Pablo responde a algunas preguntas que le hablan sido propuestas por los corintios. “En cuanto a las vírgenes (v. 25), no tengo precepto del Señor, pero doy un consejo, como hombre que por la misericordia de Dios es digno de confianza”. Notemos desde ya esta declaración: el Señor no ha dado sobre este asunto ni precepto ni consejo. Pablo reconoce la legitimidad del matrimonio, desea que sólo por excepción se abstengan de hacer uso de él (vv. 5-6). Desearía que todos fuesen como él, es decir, sin mujer (célibe, o tal vez casado, pero viudo o alejado de su mujer): pero cada uno tiene su propio don. El matrimonio es un don. carisma; el abstenerse de él es otro don. Don del Señor, se sobreentiende, y no librado a la discreción de cada uno. Considerando la división del corazón que trae necesariamente consigo el matrimonio. Pablo prefiere el estado de los no casados (viudos, célibes o vírgenes) al estado de los casados. Existe una tensión entre el amor de Dios y el amor humano. La integración de éste en el amor de Dios se realiza más fácilmente en la virginidad. Pero no se puede pasar impunemente de un don al otro. En el fondo, para todos existe un llamado del Señor a la perfección. De suyo, la virginidad o el no-matrimonio parecen más aptos para realizar este llamado, pero esto no significa que se prejuzgue sobre lo que concretamente es mejor para cada uno.

Al hablar así, san Pablo estaba ciertamente bajo la impresión de que los tiempos se acercaban a su fin, y que por lo tanto era inútil cambiar la situación en que uno se encontrase: matrimonio o celibato, esclavitud o estado de hombre libre. Ciertamente hay que tomar en cuenta esta perspectiva, pero no me parece que ella haga caducar lo esencial de la enseñanza paulina, si se admite que la perspectiva escatológica debe vivirse, al menos hoy, más cualitativamente que cronológicamente.

2. Además de los textos del Nuevo Testamento que hemos citado hasta ahora, hay otros que los Padres utilizaron para exaltar la virginidad, y generalmente fueron empleados de una manera que los desviaba de su sentido literal, al menos según los entendemos actualmente. Es inútil decir que esto nada quita a la belleza eventual ni al valor de los textos patrísticos a pesar de que les falle el punto de apoyo.

Aquí me contentaré con indicar estas pocas referencias:

*Lc* 14,26; 18,19 (mención de la esposa en el texto sobre el renunciamento); *Lc* 14,20; 17,27 (sobre la situación escatológica); *Mt* 25,1; *Hch* 21,9; *Ga* 3,29; *2 Co* 11,2; *Ap* 14,4 (texto famoso: “esos son los que no se mancharon con mujeres, son vírgenes; esos siguen al Cordero dondequiera que vaya”).

3. El Nuevo Testamento contiene pocas alusiones a la virginidad, y a veces, enigmáticas. Sin embargo, desde los comienzos de la era cristiana se constata una asombrosa floración, una gran multitud de cristianos que optan por la virginidad. Los Apologistas antiguos sacaron de este hecho un argumento en favor del cristianismo. ¿Es posible interpretar este fenómeno de otro modo que como el efecto de una acción particularmente poderosa del Espíritu Santo? El P. Congar escribía cierta vez: “Las cosas que uno corre peligro de desconocer... son aquellas cosas más secretas y por muchos motivos, las más profundas de la realidad cristiana, por ejemplo, la obediencia, la castidad, la pobreza, el papel de la Santísima Virgen, la vida sacramental... Mucho más allá de lo que de ella se expresa en la Escritura y de lo que se puede expresar en cualquier texto, están sus realidades profundísimas que se insertan en el centro mismo de la realidad cristiana. Más que hablar de ellas, el Señor nos las entrega y la Iglesia nos las comunica. Ocurre con ellas algo así como con esa realidad viva que es la transmisión de la vida humana, el capital de humanización que hemos recibido primeramente. Educar será siempre otra cosa y más que instruir: para educar no es suficiente hacer leer los textos relativos a la moral, es necesario que el niño reciba por el contacto vivo de un ser moral y humanamente desarrollado, una comunicación viviente de las realidades morales que sobrepasan los enunciados. Hasta se podrían omitir los enunciados; lo más profundo de esta comunicación viva tal vez no haya sido escrito jamás”<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> Y. CONGAR, *Vraie et fausse réforme dans l'Eglise*, Paris, 1950, p. 501.

4. Sabemos que en los primeros tiempos de la Iglesia el martirio fue considerado como la más perfecta manera de seguir a Cristo: fue en cierto modo el dechado de la perfección. Concepto asombrosamente tónico –que lo sigue siendo hasta hoy– pero no puedo extenderme sobre el particular. Simplemente quiero destacar un hermoso texto del mártir Ignacio de Antioquía. Escribe en su carta a Policarpo (V, 2). “Si alguien puede permanecer en castidad (*en agneia*) en honor de la carne de Nuestro Señor (*eis timên tês sarkos tou Kuriou*), que permanezca en la humildad. Si se gloria está perdido. Si se estima superior al obispo (porque éste es casado) está corrompido”<sup>30</sup>. Además de la hermosa expresión “honrar la carne del Señor”, hay que notar cómo pone en guardia contra el orgullo, tentación de los vírgenes. Después se volverá a menudo sobre este tema.

5. Por otra parte, si bien es cierto que en esos tiempos lejanos, los textos relativos a los vírgenes se refieren tanto a los hombres (se los llamaba generalmente ascetas o continentes) como a las mujeres, donde la virginidad adquiere una aureola de especial esplendor en las actas de las mártires<sup>31</sup>. Las maniobras de los denunciadores, los tormentos infligidos particularmente a las vírgenes ofrecían la ocasión para tales elogios y para las respuestas magníficas de las vírgenes proclamando que se habían consagrado a un único esposo: Cristo. Tenemos aquí el tema de los desposorios de una virgen con Cristo, mientras que hasta entonces el tema de Cristo esposo se aplicaba principalmente, si no exclusivamente a la Iglesia como esposa. Es Tertuliano quien –al parecer– fue el primero en lanzar la expresión *virgo sponsa Christi*.

6. Terminada la era de las persecuciones, y poco tiempo antes, la virginidad fue propuesta y vivida como una suplencia del martirio. Orígenes en su segunda homilía sobre Josué habla de la buena tierra en la Iglesia, donde los frutos se multiplican al treinta, sesenta y ciento por uno, “quiero decir las viudas, las vírgenes y los mártires”<sup>32</sup>. Hasta concede prioridad a la virginidad femenina, pues dice en otro lugar: “In ecclesia, prima post apostolos, hostia martyrum, secunda virginum, tertia continentia”<sup>33</sup>.

Precisamente con Orígenes aparece una manera nueva de considerar la virginidad. Ya no es la virgen quien, en su cuerpo virginal, se une a Cristo; es el alma quien se une al Verbo. Tal vez haya aquí una cierta influencia filosófica teñida de alejandrino. Sin exponer sus ideas de manera sistemática, Orígenes, principalmente en su Comentario sobre el Cantar, vuelve a menudo sobre esta idea, que repite una y otra vez: el canto de la esposa en el Cantar debe ser interpretado de dos maneras, el amor de Cristo por la Iglesia, y también el amor del Verbo por el alma.

También se encuentra en Orígenes el tema de la vida angélica aplicado a las vírgenes, entendiendo aquí la vida angélica como vida de alabanza: “Las vírgenes están consagradas a la alabanza como los ángeles del cielo y deben cantar entre los ángeles el himno llamado angélico”<sup>34</sup>. No desarrollaré el tema de la vida angélica, *bios aggelicos*, el que, por otra parte, no está exento de ambigüedades en algunos espíritus<sup>35</sup>.

7. Con Metodio de Olimpo a fines del siglo III (+ 311) tenemos por primera vez un tratado sistemático sobre la virginidad. En el Banquete de las diez vírgenes, la virginidad está relacionada con el conjunto de la economía de la justicia original, de la caída y de la redención. La virginidad es, por excelencia, el medio de volver a encontrar la inmortalidad perdida. También está relacionada esta virginidad con la Iglesia entera, la Esposa preferida por el Señor. También hay que destacar que aquí, por primera vez, se exalta la virginidad de María y se la propone como ejemplo estimulante para las

<sup>30</sup> IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Cartas*, Ed. P. T. CAMELOT, 2a ed. Paris, 1952, pp. 174-177 (SC 10).

<sup>31</sup> O. ROUSSEAU, *Monachisme et vie religieuse d'après l'ancienne tradition de l'Eglise*, Chevetogne, 1957, pp. 40-45.

<sup>32</sup> ORÍGENES, *Homilias sobre Josué*. Ed. A. JAUBERT, Paris, 1960, pp. 118-119 (SC 71).

<sup>33</sup> *In Rom.* 9,1: PG 14,1205. [N.T.: “En la Iglesia, primero, después de los apóstoles, está el sacrificio de los mártires, segundo, el de las vírgenes, tercero, la continencia”].

<sup>34</sup> *Selecta in psalmos*: PG 12,1628.

<sup>35</sup> Sobre este tema se puede leer (el autor agrega, “en francés”) J. LECLERCQ, *La vie parfaite. Points de vue sur l'essence de l'état religieux*, Turnhout, 1948, pp. 19-56, y, muy diferente: L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique*, Turnhout, Paris, 1950, pp. 43-68.

vírgenes: tema llamado a tener gran resonancia<sup>36</sup>.

8. El siglo IV vio una floración bastante notable de tratados sobre la virginidad. Son obras dirigidas a vírgenes femeninas, ya que el movimiento de los continentes y de los ascetas se había orientado hacia el monacato. Ya anteriormente, Tertuliano y Cipriano habían hecho el elogio de las vírgenes; pero no se habían extendido sistemáticamente sobre el valor de la virginidad. En el siglo IV hay una docena de tratados repartidos entre el Oriente y el Occidente. Citemos tan sólo los autores: en Oriente, Atanasio, Basilio de Cesarea, Basilio de Ancyra, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo; en Occidente, san Ambrosio, Nicetas de Remesiana (?), Jerónimo y Agustín. No podemos recorrerlos todos. Me voy a detener sólo en Gregorio de Nisa y luego citaré un hermoso texto de san Agustín<sup>37</sup>.

Gregorio de Nisa (que había sido casado) consagra a la virginidad su primera obra en 317. Gregorio sitúa en Dios el arquetipo de la virginidad porque hay en Dios una generación virginal. “La idea de esta gracia (de la virginidad) acompaña a la de Padre incorruptible: es una paradoja que la virginidad se encuentre en un Padre que posee un Hijo y lo engendró sin pasión. Acompaña también a la de Dios Hijo único, corega de la incorruptibilidad, puesto que ésta resplandeció simultáneamente con la pureza y la incorruptibilidad de su generación: también es una paradoja que la virginidad piense en un hijo. Es contemplada igualmente en la pureza esencial e incorruptible del Espíritu Santo, pues al hablar de pureza e incorruptibilidad se está designando con otro nombre a la virginidad”. Y continúa Gregorio: “Es conciudadana de toda la naturaleza hiper cósmica puesto que su impassibilidad (*apatheia*) le da un lugar entre las potencias superiores, inseparables de toda realidad divina, sin el menor vínculo con las realidades adversas (los demonios, los pecadores, el mal)”<sup>38</sup>.

Las vírgenes, y en primer lugar María, participan de la virginidad divina, y el nacimiento virginal de Jesús debe probar que sólo la pureza es capaz de acoger a Dios cuando se presenta para entrar. Para Gregorio –y éste es un concepto que rechazará enérgicamente santo Tomás y otros–, el designio primitivo de Dios era que no nacíáramos de la unión carnal sino según un modo misterioso semejante al modo de propagación angélica que, por otra parte, no explica. Cristo reintroduce la virginidad en el mundo, María también, y en pos de ellos las vírgenes son asociadas al misterio de la Encarnación y obtienen la victoria sobre la muerte. Dice: “Lo que se cumplió en María Inmaculada cuando la plenitud de la divinidad resplandeció en Cristo por la virginidad, eso mismo se cumple en toda alma que permanece virgen según la razón: no que el Señor se haga presente en adelante corporalmente. puesto que no conocemos más a Cristo según la carne, sino que viene a habitar espiritualmente e introduce con él al Padre, como se dice en algún lugar del Evangelio” (II, 2-18). Gregorio toca varios temas ya conocidos, entre otros el de la vida angélica, pero no me quiero extender más.

9. Tampoco quiero detenerme en Basilio, Juan Crisóstomo ni en Ambrosio. que ha hablado abundantemente de la virginidad. Pero me reprocharía el omitir la cita de algunas líneas de san Agustín en su comentario al Apocalipsis 14,4s. refiriéndose a vírgenes, hombres y mujeres, a los que viven en el celibato y a los que no se han vuelto a casar. Habla de las alegrías de los que son vírgenes de Cristo: “Gozo por Cristo, gozo en Cristo, gozo con Cristo, gozo siguiendo a Cristo, gozo por medio de Cristo, gozo a causa de Cristo... Id en pos de esos gozos, seguid al Cordero, pues la carne del Cordero es virgen y *Agni caro utique virgo*. Conservó en él, después de haber sido formado, lo que no había quitado a su madre ni por su concepción ni por su nacimiento. Tenéis razón de seguirlo, por la virginidad del corazón y de la carne, dondequiera que vaya. ¿Qué otra cosa es seguir sino imitar?”<sup>39</sup>.

10. Para terminar esta breve incursión patristica, en la que, sin pretender en modo alguno ser exhaustivo, he querido simplemente señalar a medida que aparecían por primera vez, consideraciones o motivaciones “nuevas”, me permito tomar un artículo reciente de la hermana Patrick. Después de haber recordado la importancia del tema nupcial en los Padres, la autora saca las cinco orientaciones

<sup>36</sup> METODIO de OLYMPO, *El banquete*, Ed. H. MUSURILLO - V. H. DEBIDOUR, Paris, 1963 (SC 95).

<sup>37</sup> T. CAMELOT, *Virgines Christi. La virginité aux premiers siècles de l'Eglise*, Paris. 1944. *Idem*, Les Traités “De virginitate” au IV<sup>e</sup> siècle en *Mystique et continence...* (citado en la nota 5), pp. 273-292.

<sup>38</sup> GREGORIO DE NISA, *Tratado sobre la virginidad*, Ed. M. AUBINEAU, Paris, 1961 (SC 119).

<sup>39</sup> SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate* en *Oeuvres de Saint Augustin* t. 3, Desclée de Brouwer, 1949, pp. 161-163.

siguientes, como propias al estado de virginidad, a fin no ya de permanecer virgen sino de tornarse virgen: 1. huir del mundo; 2. liberarse para agradar sólo a Dios; 3. resucitar al *eros* (aquí la autora cita a Olivier Clément “abandonarse al movimiento ciego del *eros* es desintegrarse. Matar al *eros* sin resucitarlo, sin vivificarlo en el Espíritu Santo, es secarse”); 4. restituir a Cristo la totalidad del propio ser; 5. restaurar la imagen divina en el hombre<sup>40</sup>.

11. Al terminar esta tercera parte de mi exposición, señalaré el magnífico prefacio para la consagración de las vírgenes. No he podido verificar si se ha mantenido este texto en el *Ordo Consecrationis Virginum* promulgado en 1970; creo que sí. Parece ser de san León. Veamos un pasaje particularmente rico: “Tú, Señor, al derramar tu gracia sobre todos los pueblos, suscitaste de entre todas las naciones, herederos del Nuevo Testamento, innumerables como las estrellas del cielo. Entre los dones que concediste a tus hijos, nacidos no de la sangre ni del amor carnal, sino de tu Espíritu, quisiste otorgar a algunos, este don que mana de la fuente de tu largueza. Así, sin menoscabo del valor del matrimonio y sin pérdida de la bendición que ya al principio del mundo diste a la unión del hombre y la mujer, algunos de tus hijos, inspirados por ti, renuncian a esa legítima unión, y, sin embargo, apetecen lo que en el matrimonio se significa; no imitan lo que en las nupcias se realiza, pero aman lo que en ellas se prefigura. La virginidad ha reconocido a su Autor y, aspirando a la integridad angélica, se entrega al tálamo y al amor de aquel que es, del mismo modo, Hijo y Esposo de la virginidad”<sup>41</sup>.

Este prefacio expresa claramente que la virginidad es un don gratuito, un privilegio. Afirma fuertemente el valor y la dignidad del matrimonio, ese yugo común, *coniugium* acerca del cual la liturgia de la misa por los esposos decía (¿y dice?) que es la única bendición de la que no hemos sido privados por el pecado original ni por el diluvio. Ese texto recuerda además que la significación del matrimonio es mayor que su realidad propia, es la figura simbólica de algo que lo sobrepasa, y que es su indicio y signo precursor. Esto que sobrepasa al matrimonio puede ser alcanzado de otra manera. Se puede alcanzar directamente el amor a través de la virginidad sin pasar por la forma habitual: la del matrimonio. En dos planos diferentes, matrimonio y virginidad son la realización del mismo misterio, del mismo *sacramentum*.

#### IV

1. Llego así, por movimientos discontinuos, como ven, a nuestra época actual, no sin citar de paso, sin embargo, la declaración del Concilio de Trento 1563: “Si alguno dice que el estado de matrimonio es preferible al estado de virginidad o de celibato y que no es ni mejor ni más santo permanecer en la virginidad o el celibato más bien que casarse, sea anatema” (D.B. 980; D.B.S. 1810). Podríamos estudiar de cerca la encíclica *Sacra virginitas* (1954) de Pío XII o también la de Pablo VI *Sacerdotalis caelibatus* (1967). También podríamos estudiar de cerca el texto de *Perfectae Caritatis* del que me contento con citar el N° 12, párrafo 1: “La castidad por amor del reino de los cielos (*Mt* 19, 12) que profesan los religiosos, ha de estimarse como don eximio de la gracia, pues libera de modo singular el corazón del hombre (cf. *I Co* 7,32-35) para que se encienda más en el amor de Dios y de todos los hombres, y, por ello es signo especial de los bienes celestiales y medio aptísimo para que los religiosos se consagren fervorosamente al servicio divino y a las obras de apostolado. De este modo evocan ellos ante todos los fieles esa maravillosa unión, fundada por Dios y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por la que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo”.

2. Ahora quiero ofrecerles algunas tímidas reflexiones sobre la situación actual. Nuestra época, como todas las épocas, se interroga sobre el valor de la virginidad. Pero ocurre que al menos dos corrientes de ideas tornan hoy más apremiantes las objeciones contra la virginidad. La primera de dichas corrientes es propia de los cristianos, la otra ejerce su influencia sobre toda nuestra sociedad.

---

<sup>40</sup> Soeur PATRICK, *Virginité masculine et virginité féminine en Orient et Occident*, en *Lettre de Ligugé*, n. 179, 1976, pp. 25-26.

<sup>41</sup> Traducción oficial española.

Es propia de los cristianos la corriente que revaloriza al matrimonio como “camino de santidad”. No me arriesgaré a fijar el punto de partida de esta corriente ni a seguir sus etapas. Desde hace unos cincuenta años es muy definida, y, por otra parte, el Concilio Vaticano II la ha canonizado, si puedo expresarme así. Para algunos, esta revalorización muy feliz pondría nuevamente en tela de juicio el valor del celibato consagrado. ¿Qué se puede responder? Tal vez no diremos cosas nuevas pero intentaremos mostrar como lo hacía el Prefacio de la consagración de vírgenes, que virginidad y matrimonio son dos caminos diferentes para alcanzar un mismo fin. Hay una cierta reciprocidad entre ambas vocaciones<sup>42</sup>, entre ambos carismas, para emplear el vocabulario paulino. Ambas vocaciones pueden y deben iluminarse y respaldarse en el respeto mutuo. Los historiadores de la teología nos dirán si esto es compatible con la declaración de Trento. En todo caso, debe ser evidente que el celibato cristiano no puede frenar, sino que por el contrario, debe promover el amor de Dios y el amor de los hombres. Así lo ha recordado el pastor Schutz en un prefacio al libro de Thurian sobre matrimonio y celibato<sup>43</sup>.

3. La otra corriente a la que aludía hace un momento irrumpe sobre el mundo en su conjunto: es el movimiento que brota de los descubrimientos de Freud, con todo lo válido y no tan válido que ellos comportan. En el plano de las ideas puede nacer en algunos la convicción de que aquel que no sigue el impulso de la libido corre el riesgo de caer en represiones destructoras de su personalidad. Me apresuro a decir que interpretar así los descubrimientos de la psicología profunda es fuertemente caricaturesco. Sin embargo no podemos menos que pensar que la mentalidad corriente está fuertemente atraída en esa dirección. Prueba de ello es in duda el erotismo de nuestro tiempo. Y éste no amenaza solamente a la virginidad y a la soledad que ella comporta, sino también a todo hombre y toda mujer, a todos los casados, a todo el mundo. En lo que atañe al celibato no hay otra cosa por decir. Sin duda que –si al menos las condiciones psicológicas lo permiten– el amor preferencial por Dios debe ser lo bastante fuerte y cultivado –por decirlo así– por una ascesis, como para asegurar un equilibrio humano satisfactorio. Será bueno agregar, como ustedes lo saben muy bien, que este amor virginal puede, y debe, estar abierto a la amistad. Leamos simplemente *Perfectae caritatis* N. 12, párrafo 2: “Es menester que los religiosos, empeñados en guardar fielmente su vocación, crean en las palabras del Señor y, confiados en el auxilio de Dios, no presuman de sus propias fuerzas, y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos. No omitan tampoco los medios naturales que favorecen la salud de alma y cuerpo. Así no se dejarán conmover por las falsas doctrinas que presentan la castidad perfecta como imposible o dañosa al hombre, y rechacen, como por instinto espiritual, todo lo que pone en peligro la castidad. Recuerden además todos, señaladamente los superiores, que la castidad se guarda más seguramente cuando entre los hermanos reina verdadera caridad fraterna en la vida común”.

4. Otra pista de reflexión. En 1934, el P. Teilhard de Chardin escribía un texto espléndido sobre la evolución de la castidad. Tanto por su reflexión personal como por las dudas tan extendidas en el mundo respecto del valor de la ascesis y de la castidad, el autor –partidario decidido de la misma– había llegado a la convicción de que el cristianismo no había dado todavía las razones verdaderamente determinantes –al menos para nuestro tiempo– del valor de la castidad. Se contentó con un empirismo que gravita alrededor de dos principios: 1. la unión de los sexos es buena, más aún, es santa, pero con miras a la reproducción *exclusivamente*; 2. fuera de este caso, el acercamiento de los sexos debe reducirse *al minimum*. El ideal moral (superior al matrimonio) es la virginidad. Este empirismo no es, de suyo, una inferioridad, pero habría que intelectualizarlo, dice Teilhard, es decir, justificarlo teóricamente. Y por su parte, trata de considerar, en consonancia con su concepción del mundo, el movimiento de convergencia universal en cuyo seno la pluralidad material se consume en espíritu. La unificación espiritualizante de las mónadas humanas está dominada por dos atracciones de igual naturaleza pero de valores diferentes: el amor recíproco del hombre y la mujer, y el amor divino... ¿De qué manera... combinar esas dos fuerzas? Teilhard entrevé como posible y deseable una solución según la cual el instante del don total del hombre a la mujer coincidiría con la búsqueda divina. Pero él

---

<sup>42</sup> La expresión fue lanzada en un contexto ligeramente diferente por P. Y. EMERY, *La réciprocité des vocations*, en *Recherche oecuménique: prière et action*, Tournai, 1970, pp. 181-198.

<sup>43</sup> R. SCHUTZ, prefacio pp. 8-11 a M. THURIAN, *Mariage et célibat*, 2a ed. Neuchatel, 1964.

mismo admite que ello podrá ser posible sólo al término de una evolución todavía larga<sup>44</sup>.

5. Tal vez existe una ocasión bastante imprevista de renovar el lenguaje que se ha de emplear en el tema que nos ocupa. Y ya sabemos cuánta importancia tiene el lenguaje y todo lo que él implica. Me refiero a la traducción del *Ordo consecrationis virginum* (1970) a las diferentes lenguas vivas. En francés –tal vez ha ocurrido también en otras lenguas– se consultó para la traducción a un grupo de monjas benedictinas y a un grupo de cartujas. Las reflexiones de esas monjas son muy interesantes y podrían –a mi parecer– ayudar a la reflexión teológica<sup>45</sup>.

## CONCLUSIÓN

Al término de esta exposición, probablemente me preguntarán: “Pero, al fin, ¿de qué nos ha querido hablar? ¿Y cómo ha querido tratar su tema?”. A decir verdad me he planteado a mí mismo esta pregunta. He venido hablando del encuentro entre el *agape* divino y el *eros* humano. Los que han recibido el don de la vocación al celibato y a la virginidad para el Señor son fascinados, deslumbrados y hasta, a veces, consumidos por el *agape*, digamos por el poder teológico de su experiencia. La fidelidad a su vocación ha de apoyarse sobre una conversión renovada sin cesar, sobre una pureza, sobre una virginidad de corazón que día a día vaya quitando los obstáculos a su libertad, la cual habrán de conquistar y reconquistar continuamente. La eucaristía, que los hace participar en el misterio de muerte y resurrección, les brinda, por decirlo así, un Cristo virgen, glorioso, cuyo dinamismo debe transfigurarlos y compenetrarlos enteramente, en cuerpo y alma. Así, sin pretenderlo, serán un signo del reino de Dios, presente en ellos: signo de lo que todo cristiano, y finalmente, todo hombre está llamado a vivir, en todo caso, en el más allá cuando Dios será todo en todos. ¡Que el Espíritu nos colme de gozo!

*Scourmont*

---

<sup>44</sup> P. TEILHARD DE CHARDIN, *L'évolution de la chasteté*, en *Oeuvres*, t. XI, Paris, 1973, pp. 67-92. La cita es de pp. 87-89.

<sup>45</sup> M. M. CROISET, *Virginité et vie chrétienne au regard du rituel de la consécration des vierges*, en *La Maison-Dieu*, n. 110, 1972, pp. 116-128. No está previsto, al menos por el momento, proponer un rito para la consagración de los hombres vírgenes... (*Notitiae*, 7, 1971, p. 109). A juzgar por el título, sería interesante, sin duda: E. BIANCHI, *Critiche alle metafore del celibato*, en *Servitium* 7, 1973, pp. 402-410.